

Me di cuenta de que Massiel  
era un algo  
agradablemente bruta  
cuando la vi cantar:  
«Yo tenía un amigo».  
Pensé: Qué bien,  
por fin alguien canta  
como le sale  
de las narices.

# MASSIEL, BRECHT Y EL LA, LA, LA

## MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN



**«Pues que se acuerden aún del "La, la, la" y las chinchillas, vaya barbaridad. Mira, tú, quien sacó más partido al "La, la, la" fue el propio Serrat».**

El señor Santamaría no es madrileño, pero está muy influido por la cultura madrileña. Cuando alguien pide un café «cargadito y cortito», seguro que pertenece o está influido por la cultura madrileña. Se le tiene cariño al café en Madrid. Uno lo advierte al poco de acodarse en una barra. El café adjetivado con diminutivos parece distinto. A uno se le nota que no es de Madrid cuando pide un café sin adjetivar. El camarero le mira entonces como si llegara de Salt Lake City, con polvo en las pistolas, en las cejas; posiblemente fugitivo de la justicia.

Cuando el señor Santamaría pide un café «cargadito y cortito» a un sorprendido y algo malicioso barman barcelonés, hace ya casi una hora que su hija Massiel me ha prometido, por teléfono, «vestirse un poco» y bajar al bar del hotel donde la espero. El señor Santamaría disculpa a su hija a base de cargar la responsabilidad de su tardanza a las manías de las «dichosas mujeres». Massiel tarda, pero llega. Se comprende la tardanza porque llega completamente vestida y bastante peinada. Massiel tiene el don de la inmediatez. De conocerme poco a conocerme mucho le bastan dos pasos. Queda apenas una hora para coger el avión que la devolverá a Madrid. La hora del almuerzo. Y en esta mi almuerzo con alguien importante, comprendo hasta qué punto un almuerzo es una estructura condicionante de algo que podría ser un nuevo género literario-audiovisual, bajo el patrocinio del señor Pemán. Uno puede ser agresivo con el otro armado con un vaso de whisky. Pero la agresividad es imposible si las manos están ocupadas con el cuchillo y el tenedor y las espaciadas de recoger, masticar y engullir impiden el necesario aire pulmonar para discutir algo con pasión. El señor Santamaría no nos acompaña en la comida. Un camarero le pide a Massiel un autógrafo.

—La tengo muy vista en la tele.

—Pues qué bien, hijo.

Le contesta Massiel, que es un algo agradablemente bruta. Me di cuenta de que Massiel era un algo agradablemente bruta cuando la vi cantar «Yo tenía un amigo». Pensé: Qué bien, por fin alguien canta como le sale de las narices. Después le escuché las canciones de Aute: no está mal en su papel de valquiria lírica. Me gustó aún mucho más en la versión del «Tira la piedra, deja la flor», de José Agustín Goytisolo. Después, el «La, la, la», el abrigo de chinchilla, el cantar rancheras a la luz de un mechero sostenido por el señor Solís Ruiz. Después: Amén. Adios, Massiel, pensé, vas a acabar tus días artísticos cantando el pasodoble «Valencia», en las Fallas, o emulando al Mario Lanza de «Granada». Y entonces fue cuando Massiel y Fernando Fernán-Gómez anunciaron su compromiso artístico con Bertoldo Brecht. Después lo realizaron y el todo Madrid ha asistido al espec-

táculo más deliciosamente rojo del país. Sin haberla escuchado, yo veía a Massiel muy encajada en algunas canciones de Brecht, en las canciones que Joan de Sagarra calificaría de «las más bestias». Yo la veía perfectamente en la «Balada de la esclavitud sexual», en «Jenny, la de los piratas», incluso en la maravillosa canción «Surabaya, Johnny». Y de la mano de Oriol Regás, Massiel, Fernando Fernán-Gómez y Bertoldo Brecht, en Barcelona, en el Paláu de la Música Catalana. Expectación y algunos rumores de que iba a pasar algo. Vi y conocí a Massiel en la rueda de prensa. Se ponía y se quitaba a periodistas y locutores con una capacidad de adaptación extraordinaria. Quedamos para cuando todo hubiera concluido. Para cuando los dos recitales ya fueran parte de la historia subcultural del año. Y fui a la «première». El público del «paraíso» no oía bien a Fernán-Gómez y le pidió que gritara más. Aquello descompuso un poco al hombre, que forzó la voz y la dicción y, en muchos momentos, recitó a Brecht como hubiera podido recitar «Feria en Jerez», de José María Pemán. Salí Massiel de heroína brechtiana grave, trascendente. En nada se parecía a la Lotte Lenya sugerida por aquel disco fascinante que yo había escuchado como una droga progresista, en casa de mi amiga Juliana, en San Feliu de Codinas, con Feliu Formosa como traductor oral, a fines de los años cincuenta. (Ignoro si estos detalles tan particulares pueden aumentar el interés objetivo de la crónica.) Yo imaginaba a Lotte Lenya enseñando las ligas floreadas, pintada como una p... porque p... son los más hermosos personajes femeninos de Brecht, un hombre que supo adelantarse a Marcuse en la simbología de la marginación y que supo traducir a las ambiguas heroínas de Dostoyewski en hembras de agitación y propaganda. Pero Massiel iba vestida de «liederista» e interpretó a Brecht como una liederista. Dentro de esta convención,

creo que no lo hizo nada mal, sino casi todo lo contrario. Pero la gravedad de su austero vestuario, de su maquillaje trascendental, era una nota más de gravedad dentro de la grave selección brechtiana del señor Lauro Olmo, de la grave escenografía, del grave piano, del grave asunto grave que, al parecer, significa poner a Brecht al alcance de los españoles. Y la cosa se sostuvo con una cierta cordialidad en las palmas y graves entusiasmos hacia los poemas más políticos de los recitados por Fernán-Gómez, hasta que Massiel cantó «Jenny, la de los piratas». Jenny sueña y cuenta su sueño de muchacha proletaria. Hoy nadie la conoce, nadie sabe quién es. Los burgueses no la valoran. Pero algún día llegará un barco pirata y apuntará con sus cañones a la ciudad. Los piratas se apoderarán de todos los burgueses y preguntarán a la hoy anónima, despreciada Jenny, cuántos deben matar. Jenny, con toda la justicia histórica sobre sus espaldas, contestará: «A todos». Massiel interpretó bien la canción. Creo que esta fue, con «Surabaya, Johnny» y «Un caballo se lamenta», el trío de sus mejores actuaciones. Pero fue entonces cuando desde «el paraíso» se oyeron gritos de protesta: «Farsante», «Canta el "La, la, la"». Algunos silbidos. Muchos aplausos de compensación. El piano espera para atacar la siguiente canción. Massiel, con un aplomo de «croupier superman», contempla sonriente «el paraíso». Tres minutos de gritos, silbidos y aplausos.

—Yo me hubiera estado así hasta que hubiera pasado el plazo del espectáculo. ¿Dos horas? Pues dos horas.

Dice Massiel mientras pincha un trocito de solomillo bastante hecho. —Me han dicho que me gritaban catalanes ofendidos, porque profanaba el Paláu, y partidarios de Joan Manuel, porque yo me presté a sustituirle en lo de televisión.

Intento decirle a Massiel que la pitaron precisamente en «Jenny, la de

los piratas» porque a cierto sector del público le pareció el colmo de la «integración» de Brecht que precisamente cantara la canción la Massiel del «La, la, la», del abrigo de chinchillas, de las rancheras a la luz de un mechero tan comprometido.

—Pues que se acuerden aún del «La, la, la» y las chinchillas, vaya barbaridad. Mira, tú, quien sacó más partido al «La, la, la» fue el propio Serrat, que se promocionó en Europa gracias a él. Y además yo era un crío entonces y admito que fue una desviación en mi camino.

Lo cierto es que había división de opiniones en «el paraíso». En cambio, en platea había una unanimidad civilizada. Una señora con casquete de visión aplaudía con tanto frenesí que el casquete se le ladeaba ante la preocupada atención de su acompañante masculino. En platea podían distinguirse rostros del patriciado barcelonés muy conmovidos por las vicisitudes del subproletariado y del proletariado. Hay quien dice que esta aceptación superficial es negativa. Que es una forma de integrar la ética y la estética revolucionaria. Los burgueses de los años veinte y treinta se indignaban ante Brecht. Los del año setenta le aplauden con aplomada firmeza. Hay todo un lenguaje marxista que puede ser incluso utilizado por Onassis, cuando reúne a sus accionistas para hacer balance. Es posible que sea negativo, aunque no faltan tesis revolucionarias que recuerdan las penetraciones germanas pecificas antes de la invasión violenta que dio el traste con el Imperio romano de Occidente. Y es que el Bachillerato, en España, sobre todo aquel heroico Bachillerato del Examen de Estado, ha proporcionado educaciones muy completitas.

—Ya nos habían avisado. Habrá jaleo. Y yo no me movía de allí ni aunque se hundiera el teatro. Buena soy yo para echarme atrás.

Y siguió la representación. La segunda parte era más monótona que la primera. Lauro Olmo siguió un método cronológico en la compilación de poemas de Brecht y en la segunda parte nos tocaron los poemas de Brecht con menos «chichi» político. Son, sin duda, los mejores poemas de Brecht, pero los menos consumibles dentro de las morbosas coordenadas de la vida política del espectador español. Son el testamento moral del Brecht maduro y casi viejo. Del Brecht que deja, por un momento, la enjundiosa tarea de aleccionar a los hombres para abrigar con un saco a un pequeño ceceo que perpetuará el símbolo de la primavera entre los hombres futuros. O el Brecht que contempla cómo cambian una rueda, que piensa en lo desagradable del camino recorrido y en lo problemático del por recorrer y entonces se pregunta: ¿Por qué aguardo el cambio de la rueda con impaciencia? La grandeza de la poesía de Brecht, una grandeza falseadamente «demodé» por un cierto oportunismo literario,

Valencia, 16 al 25 de octubre 1971



VIII feria española  
del mueble

Y SALON INTERNACIONAL  
DE MAQUINARIA PARA  
LA MADERA



# MASSIEL

es que representa la cumbre del racionalismo literario, traducido en la máxima economía del lenguaje al servicio de consignas para enseñar a querer y a vivir a sus compañeros de viaje. Bertoldo Brecht hablaba a los hombres con nula gravedad. Buen boxeador, excelente ciclista, guardaba contra sí mismo las más serias dudas y jamás fue un moralista repugnante.

Como era de prever, el Brecht de Olmo-Fernán-Gómez-Massiel concluyó con el poema «A los hombres futuros», el testamento moral de la generación formada en el stalinismo, los que quisieron ser amables y no pudieron serlo. Brecht fue más consciente y educado que sus compañeros de generación, y pidió indulgencia por sus errores, disculpas por sus faltas de amabilidad. El público del Palau comprendió la cuestión, porque aplaudió a rabiar, aunque persistían algunos silbidos antimassielistas, más costosos de sostener porque la fuerza pública se había distribuido por «el paraíso». De pronto alguien tuvo la apocalíptica idea de entregar a Massiel un ramo de flores metido en un tiesto. Massiel, que ve las flores. Que se lo piensa. Que se adelanta grave y brechtiana hacia el borde del escenario, que alarga los brazos armados de tiesto y flores y que suelta un tiestazo floreado sobre el pasillo central. La superviviente del massielazo fue Guillermina Motta, situada a un palmo de donde cayeran el tiesto y las flores, muchacha hipersensible que es difícil se recupere de la impresión. Pero ya Massiel retrocedía con la vista fija en «el paraíso» y una malicia de travesura en los ojos de maquillaje grave.

—Oye, que no era un desacato contra el público de Barcelona, ni nada de eso. Yo que veo que me meten las flores y pienso: las vas a dejar en el suelo, como si no las aceptases, porque hay división de opiniones. Y me acerqué al borde del escenario para dejar el tiesto y las flores. Pero, chico, estoy por dejarlas y oigo un silbido más largo y sostenido que los otros y entonces, zas, dejo caer el tiesto. Les debe haber sentado fatal.

—Yo creo que a los que te silbaban les sentó muy bien. De todo lo que hiciste aquella noche fue lo que más les gustó. En cambio, gentes respetables que hasta entonces habían aplaudido con civilizado entusiasmo opinaron que habías cometido una grosería.

El señor Santamaría me había dicho, mientras esperaba su cafetito, cargadito y cortito, que, en cambio, la segunda sesión fue un éxito total, que apenas hubo discrepancia. En el momento en que sostuve la entrevista con Massiel, ni ella, ni su padre, ni yo sabíamos que minutos antes de empezar la segunda sesión, policías de paisano pedían el documento nacional de identidad en «el paraíso», en un extraño celo protector de Brecht, que no se ha manifestado para proteger a espectáculos reventados por

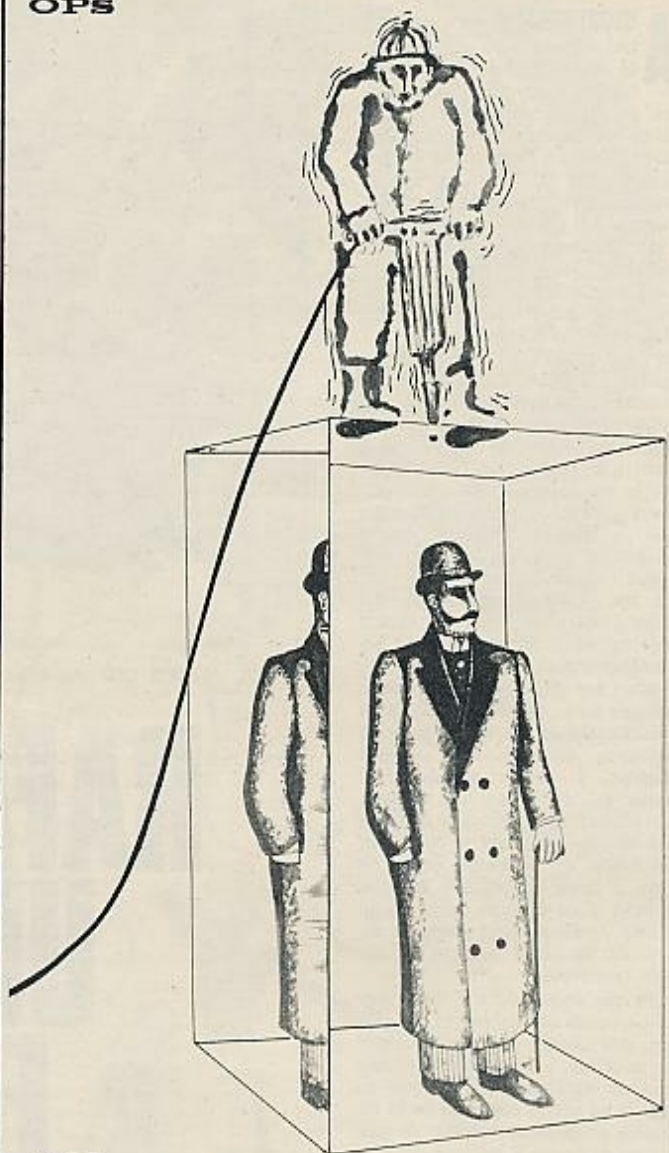
guerrilleros de Cristo Rey. Pero tal vez sea un síntoma de «aggiornamento» la protección de una perfecta audición de la «Loa de la duda», breviario de humildad para cualquier dirigente marxista. Tal vez se busque un contraste de pareceres basado en la humildad de los dirigentes marxistas del país aleccionados por el Brecht de Olmo-Fernán-Gómez y Massiel. ¡Es tan imprevisible esta olla!

—Ahora cantaré canciones de Patxi Andión y estoy convenciendo a Aute para que vuelva a escribir canciones. Me gustaría hacer un «long-play» de canciones que estuvieran bien. De «La, la, la», nada. He tenido grandes éxitos en Cuba, en Rumania estuve la semana pasada. La gente, una maravilla. Ya es mucho cuento que me salgan todavía con el «La, la, la» por aquí. Serrat me gusta mucho. Me llevo el disco de la Bonet para escucharlo. Me encantaría hacer teatro. Si, es verdad, hay poemas muy bonitos de Brecht que la gente no aplaude. No. No. No estoy de acuerdo con eso que dices de que debiera de haber salido con ligas floreadas y vestida de otra manera. Salvat vino a vernos después de la representación y dijo que le gustaba el respeto por Brecht que se deducía de nuestra versión.

La última vez que vi a Massiel por televisión cantó una ranchera, una versión de «Yesterday» que parecía interpretada por Marcos Redondo y una bonita canción-poema de Patxi Andión que le salió muy bien. Pero ya el solomillo terminado, sin tiempo para degustar el café que ha perdido con torpeza periférica, el señor Santamaría nos recuerda que los aviones no esperan, que disculpemos, pero que Massiel tiene que actuar esta noche en Madrid. El señor Díaz Merat, director del montaje y miembro del séquito, tiene la virtud de comportarse como si en cien kilómetros a la redonda sólo existiera Massiel. Le cambia la voz cuando habla a Massiel. Le aconseja que hable poco y no concede ni el desdén del reojo a los circundantes. En cambio, el señor Santamaría (Me cobra un veinte por ciento, confesó Massiel en plena ensalada de endibias) se esfuerza, y lo consigue, por justificar la «espantá». Otro colega está en la cola y exprimirá a Massiel entre el hotel y el aeropuerto. Massiel se lo pone con una naturalidad de muchacha fuerte, lista, aunque confusa, que tuvo la desgracia de convertirse en fenómeno público cuando no tenía edad y con el «La, la, la». Pero a mi sigue gustándome la Massiel que tira la piedra y deja la flor, que lamenta el odio sembrado entre su pueblo, que canta el «Surabaya, Johnny», que soporta tres minutos de broma a cierto nivel muy merecida y que se venga juvenicolamente con un tiestazo floreado.

Si aceptamos el derecho al pateo, aceptemos el derecho del artista a enviar al público a tomar viento. ■ M. V. M. Fotos: COLITA.

OPS



OPS



OPS